

UNA PÁGINA HISTÓRICA

Discurso de D. Melquiades Alvarez

(Texto íntegro del pronunciado por el insigne orador, en el Palacio de las Industrias de Madrid, el domingo 7 de Abril de 1912.)

Correligionarios: No necesito decir cuánto agradezco las nobles y cariñosas palabras que, dirigiéndose a mi persona, ha pronunciado el Sr. Azcárate; no necesito decir tampoco cuán grande es mi gratitud respecto de todos vosotros. Habréis oído decir muchas veces que la sinceridad es una de las virtudes más fundamentales de la vida pública; yo la considero algo más: yo la considero como un deber, y por lo mismo que es un deber, estimo necesario mostrarme, como siempre, sincero ante vosotros, si cabe más sincero hoy que nunca, porque a ello me obligan conjuntamente la voz de la conciencia y el sentimiento irresistible de la gratitud.

Conste, ante todo, por lo pronto, que este homenaje es el pretexto para celebrar un acto político; si tuviera otra significación yo os declaro que no lo hubiese aceptado. Me repugnan todos aquellos actos que sirven para halagar la vanidad; me repugnan, sobre todo, las idolatrías, contra las cuales os confieso que siento vibrar en mi ánimo la pasión rebelde de los iconoclastas. (Aplausos.) No lo extranéis: las idolatrías en política son más perniciosas que en religión, porque a impulsos del fanatismo se exaltan los méritos insignificantes de las personas ó las cualidades de las ideas, con perjuicio notorio del progreso de los pueblos. (Aplausos.)

Decido en todas partes: no se trata de levantar aquí a nadie sobre el pavés; democracia que tal hiciera sería indigna de ser enaltecida, más indigna, sobre todo, de ser alabada, porque habría sacriticado la majestad soberana de su poder, rindiendo holocausto servil y apasionado a las personas. (Muy bien.) Insistiré también, para desvanecer injustificados escrúpulos de mucha gente, sobre lo que acaba de decir el Sr. Azcárate. Suponen algunos de buena fe, otros lo afirman sin creerlo, que pretendemos constituir artificialmente, dentro de la familia republicana, un partido nuevo, y llega la suspicacia de muchos a suponer también que abrigamos el propósito siniestro de quebrantar la Conjuración, en la cual cifran sus esperanzas la inmensa mayoría de los republicanos y de los socialistas. ¡Qué mal nos conocen quienes tales cosas dicen de nosotros! A ninguno, absolutamente a ninguno, se le ha pasado por la mente la idea de formar un partido nuevo, que, al no responder a la necesidad, que es ley de la vida pública, obedecerían tan sólo a sentimientos de vanidad ó de orgullo y caería por esto mismo, presagiando su rapidísima muerte, en un ambiente de hostilidad ó, por lo menos, de indiferencia. No, no hemos de perder el tiempo en cosas fugaces, cuya vida apenas duraría lo que duran las rosas. Nuestra labor es más modesta; pero es más seria. No tratamos de crear un partido nuevo; tratamos, como decía el señor Azcárate, de organizar lo que existe: un partido con una tendencia perfectamente definida y clara, con un plantel numeroso de prosélitos desparramados por toda España, algo desorientados hasta la fecha por la incertidumbre caótica en que vivimos. (Aplausos.) Con un programa cuyo contenido constituye un todo orgánico de ideas, de procedimientos, de aspiraciones y de conducta, que luego esbozará en líneas generales, pero del cual puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que en él encontrarán ciertas clases

sociales las garantías que hoy exigen, la garantía de que la transformación política del régimen a que aspiramos no implica un atropello brutal de ciertos intereses, ni el menosprecio de la ley, ni mucho menos, como dicen nuestros enemigos, el imperio escandaloso de la turbulencia y del desorden. (Aplausos.) Y tratamos, correligionarios, de organizar este partido, no para quebrantar la Conjuración, que sería un crimen de lesa patria solo el pensamiento de intentarlo, sino precisamente para todo lo contrario, para afirmarla y para robustecerla, poniendo así en condiciones de una mayor eficacia, en condiciones de que pueda realizar la misión redentora que le ha encomendado el país. (Muy bien.) Como que de no hacer esto habría que convenir en lo que os decía el señor Azcárate: que él, y yo, el con su inmenso prestigio, yo con mi insignificancia, no representábamos nada dentro del Comité de Conjuración, que no estábamos autorizados para compartir todas las responsabilidades de la dirección política con compañeros nuestros, en quienes encarna la representación de fuerzas más ó menos importantes; que no era lícito ofrecerles en serio nuestro concurso para la obra revolucionaria, porque siendo un concurso individual y no colectivo, más bien pareciera un sarcasmo que una realidad ó una esperanza. (Aplausos.)

Por consiguiente, decimos a nuestros enemigos, y a muchos que se llaman correligionarios, que si quieren que la Conjuración sirva con eficacia a sus fines, lo primero que necesita es integrarse con fuerzas organizadas, no con individualidades sueltas, porque las individualidades, por muy respetables que sean, por muy conspicuas que parezcan, como no son taumaturgos, no pueden hacer milagros, y cuando no representan partidos que respondan a sus iniciativas, caen necesariamente en la impotencia ó, lo que es peor, en el ridículo. (Aplausos.)

Ya sé que al escuchar estas afirmaciones más habrá quienes acaricien de nuevo el ideal de un partido único con un programa y con una bandera, creyendo que esto facilitará el triunfo de la República. Yo no quiero discutir estas cosas, yo no quiero perder el tiempo corriendo vanamente tras un fantasma, persiguiendo lo que es, a mi juicio, un imposible. Si todo el mundo reconoce que los radicales no quieren renunciar a su personalidad; si los nacionalistas catalanes, a pesar de haberse incorporado a este movimiento general republicano de España, no renuncian a su significación como partido; si hay muchos federales que no quieren plegar su bandera, porque simboliza un recuerdo glorioso, que constituye para ellos el ideal de sus amores y el objeto predilecto de su culto, empeñarse en fundirnos a todos en el molde más ó menos amplio de un partido único, es una ilusión que sólo acarician los espíritus románticos ó los demasiado hábiles. (Muy bien); pero que mientras no se realice, si es que algún día se ha de realizar, no debe paralizar ni el entusiasmo, ni la actividad; ni la organización de estos partidos conjuncionados, que han sellado ante el país la patriótica concordia de trabajar por lo que les es común: por la libertad y por la República, llegando, si fuera preciso, hasta el sacrificio de sus intereses personales. (Aplausos.)

Yo no sé lo que pasará en el porvenir, porque es oficio muy aventurado imitar el papel de Casandra y predecir lo que en el futuro pueda suceder; pero si os dire que tengo esperanza de que se pueda realizar esa simplificación de que os hablaba el señor Azcárate, tengo esperanza, al ver la noble actitud de esos progresistas que personifican en la política republicana las



virtudes de la abnegación, del desinterés y del patriotismo, de que, respondiendo a la dirección del pensamiento colectivo; cristalicen todos los republicanos en dos tendencias diversas: una tendencia, muy radical, que mire más al porvenir que al presente, y enamorado de lo abstracto se pierda a veces en las idealidades del ensueño; otra tendencia, que es la nuestra, reformista, práctica, que no pierda de vista el ideal, pero que se vaya cifrando a las circunstancias del momento, a la realidad posible de la política, enlazando la tradición en lo que tiene de vivo con el progreso, y realizando aquellas reformas del Estado que son indispensables para la prosperidad y el engrandecimiento de la patria. (Aplausos.) Más no creáis que al organizar este partido reformista, que hace alarde de un gran sentido gubernamental, vamos a resucitar en ningún momento aquella vieja táctica de la benevolencia con los monárquicos y de los bloques con las izquierdas. (Aplausos.) Esa política de alianzas ha fracasado definitivamente y además ha fracasado con estrépito. (Muy bien.) En otro país, con otra dinastía, quizás fuera esa la política mejor, porque

es la política que subordina a los resultados prácticos intranquilidades doctrinales y exclusivismos de la forma de Gobierno; pero en España, bajo este régimen, donde cada hecho constituye un desengaño, donde los gobernantes escalan el Poder, unas veces utilizando la apostasia y otras veces la traición. (Aplausos), reincidir en aquella táctica, si no es candor, pudiera parecer vileza.

naría que los conservadores, con pasiones más pequeñas, con espíritu más cortesano y más servil (Grandes aplausos.) De modo que no nos queda otro recurso que combatir con encarnizamiento al régimen y combatirlo sin tregua por que es el régimen, ó por culpa suya ó por incapacidad y torpeza de las personas que le dirigen, el principal obstáculo con que tropieza España para su prosperidad futura. ¿Quién lo duda? Poned la vista cuarenta años atrás. Estamos ahora peor que entonces. El país está pobre, pues con una masedumbre de esclavo, que yo no sé si es virtud ó si es abatimiento, ha ido entregando a los Gobiernos de la monarquía todo, cuanto esto le pidieron, la sangre, la vida, la hacienda, con la esperanza de que algún día, inspirándose en los intereses nacionales, cumplirían con lo que era su deber é hicieran algo por el bienestar del pueblo. ¡Qué desengaño! Ni un atisbo de bienestar se vislumbra por ninguna parte. El país pide muchas cosas, pero ha sido desatendido siempre. El país pide cultura porque creyó que en ella encontraría el espíritu colectivo aquellas energías creadoras que eran necesarias para fortalecerse, y cuando vio que no le daban cultura, el país continuó vegetando en la ignorancia, sin tener apenas escuelas donde educarse, sin maestros que hayan sabido modelar su alma en el amor a la verdad y a la justicia, con la inteligencia adormecida, con la voluntad indisciplinada; alternando por esto mismo bajo los estímulos de la pasión, unas veces hacia la servidumbre y otras veces hacia la rebeldía.

El país pidió trabajo, creyendo que de esta manera podría serle agradable la vida, y como aquí los Gobiernos no se encargaron jamás de fomentar trabajo, el país no pudo vivir, ó vivió de pauperado y caquéxico. Por eso somos una raza desmedrada, en la cual se reflejan dolorosamente todas las angustias de la miseria y del abandono; por eso la emigración crece todos los años, sin que podamos contenerla; arrojan de España esa corriente generosa y fecunda de actividades juveniles, de que tanto necesita la patria para convaler y reconstituirse. (Muy bien.) Por eso en estas luchas de la vida moderna, que son las luchas, en que se ponen a prueba la inteligencia y la actividad, nosotros, mal que pese a la leyenda dorada de nuestro prestigio histórico, somos y seremos siempre los infortunados, los débiles, los retardatarios, los vencidos. Y no hay que achacarlo a cansancio de la raza, no; otras razas más antiguas que la nuestra cumplen todavía su misión civilizadora en el planeta; hay que achacarlo a los gobernantes y al régimen que no han sabido ó no han querido fomentar las cualidades del país y dirigir con acierto sus destinos; que han comprometido, además, los grandes intereses de la vida nacional en una política mezquina, inspirada en las conveniencias de la Corona; que han menoscabado, ¡que digo menoscabado!, que han malbaratado la riqueza pública en una orgía escandalosa de gastos inútiles, sin otra preocupación que la de contentar al Ejército y al clero. (Aplausos), las dos únicas instituciones sobre las que pretende apoyarse la monarquía, como si el pueblo, que es lo que más vale, no mereciera ser atendido por los Poderes públicos, y no lo mere-

ciera bien porque esos Poderes creyeran que era sincera é inagotable su obediencia, bien, lo que es peor, porque le juzgaran caído para siempre en la prostración y el envilecimiento. No es un pesimismo de enfermo el que pone sombras en mi espíritu y acentos de dolor en mis palabras; es la visión clara de la realidad, que nos está demostrando a gritos nuestra corrupción, nuestra miseria, nuestra horrible decadencia. Somos juguetes en la vida pública de unos cuantos oligarcas, que detentan el poder soberano del país en consorcio con las Cortes y con el rey, secuestrando la voluntad nacional y atropellando los derechos de los ciudadanos. (Aplausos.) (El señor letrado de la autoridad gubernativa llama la atención al orador). Somos juguete en el orden financiero de una plutocracia insolente, que no se contenta con arrojarse a costa del país, explotando todo linaje de privilegios y de monopolios, sino que, so pretexto de fomentar la industria nacional, mantiene un régimen fiscal arcaico y oneroso y pervertido. (Aplausos.) Somos juguete de la iglesia, que domina en la conciencia nacional, no por el influjo espiritual de su doctrina, que esto sería respetable y lícito, sino por el poder político, que ejerce con mengua de la autoridad soberana del Estado, a lo cual se debe lo que es peor: que aquellos grandes transformadores móviles que desde el siglo XV al siglo XVIII han conmovido la Europa entera, el Renacimiento, la Reforma, la Enciclopedia, la Revolución francesa, no han tenido ni fuerza ni repercusión bastante para romper aquí, en España, este espíritu teórico donde yace preso y encadenado el espíritu de la raza. (Aplausos.) (Ah, correligionarios, es la obra malhadada de aquella alianza entre el altar y el trono, concordia sacrilega de dos absolutismos: el absolutismo político y el absolutismo teocrático; los cuales, con el consentimiento, utilizando unas veces el terror y otras veces el fanatismo, fueron encadenando la inteligencia de este país, apartando de Europa el movimiento civilizador de Europa é incapacitándola, por las sugerencias del dogma, para toda labor racional progresiva y fecunda. (Aplausos.) Somos juguete de la justicia, mas que en forma podrida. (Aplausos.) (El delegado de la autoridad vuelve a llamar al orden al orador. Grandes protestas en el público al aperebirse de ello.) Somos juguete de la justicia, más que en forma podrida, no tanto por debilidad de quienes la ejercen como por culpa de estos Gobiernos monárquicos, que han ido acabando con los últimos restos de su independencia, someténdola así más fácilmente a la maldad de los caciques, a las corruptoras imposiciones de los personajes políticos a los intereses de ciertos bufetes, donde la influencia se cotiza por más valor que la propia autoridad científica y profesional. (Grandes aplausos.)

Y así, en estas contradanzas de jueces y magistrados, que cada semana aparecen en la (Gaceta), veréis cómo se jubila, cuando llegue a la edad, al funcionario incorruptible; cómo se conserva en su puesto a los que han sabido hacer compatible la docilidad con la vejez; cómo se premia con el ascenso a los complacientes y muchas veces a los prevaricadores. (Aplausos), dando lugar a que vaya cundiendo la desconfianza en los tribunales y vaya

Podría serle agradable la vida, y como aquí los Gobiernos no se encargaron jamás de fomentar trabajo, el país no pudo vivir, ó vivió de pauperado y caquéxico. Por eso somos una raza desmedrada, en la cual se reflejan dolorosamente todas las angustias de la miseria y del abandono; por eso la emigración crece todos los años, sin que podamos contenerla; arrojan de España esa corriente generosa y fecunda de actividades juveniles, de que tanto necesita la patria para convaler y reconstituirse. (Muy bien.) Por eso en estas luchas de la vida moderna, que son las luchas, en que se ponen a prueba la inteligencia y la actividad, nosotros, mal que pese a la leyenda dorada de nuestro prestigio histórico, somos y seremos siempre los infortunados, los débiles, los retardatarios, los vencidos. Y no hay que achacarlo a cansancio de la raza, no; otras razas más antiguas que la nuestra cumplen todavía su misión civilizadora en el planeta; hay que achacarlo a los gobernantes y al régimen que no han sabido ó no han querido fomentar las cualidades del país y dirigir con acierto sus destinos; que han comprometido, además, los grandes intereses de la vida nacional en una política mezquina, inspirada en las conveniencias de la Corona; que han menoscabado, ¡que digo menoscabado!, que han malbaratado la riqueza pública en una orgía escandalosa de gastos inútiles, sin otra preocupación que la de contentar al Ejército y al clero. (Aplausos), las dos únicas instituciones sobre las que pretende apoyarse la monarquía, como si el pueblo, que es lo que más vale, no mereciera ser atendido por los Poderes públicos, y no lo mere-

rebullendo abajo la anarquía, porque no hay nada que la fomente...

Agredad á lo expuesto unos cuantos hechos, reveladores del estado social y político del país...

Ah, señoras! Costa se quejaba de que este pueblo no sabía odiar. Habrá que lamentarse de que no sepa sentir...

Yo leía estos días un libro precioso de Martín Hume, que pinta la decadencia de España...

Me direis: ¿qué programa vamos á formular? Un programa anodino? La constitución del 69?

Trazado así, á grandes pinceladas, el cuadro luctuoso de la España en que vivimos...

Con la honradez se enaltece el prestigio de los partidos, y se conquista definitivamente la confianza del país...

procedimiento tal, con una conducta tal, que podamos inspirar confianza á las clases conservadoras...

¿Qué es lo que vamos á hacer? Hay que disipar preocupaciones de mucha gente que presume que la debilidad de los Gobiernos republicanos puede fomentar...

Recuerdo que Ruiz Zorrilla tuvo en otro tiempo una frase feliz: el dijo: «La República tiene que ser conservadora ante la anarquía, radical ante la reacción...»

¿Cómo no ser enérgico un Gobierno republicano? Tiene la República que realizar una labor profunda y transformadora...

En otro tiempo se pudo formar la unidad nacional, la unidad de los pueblos, por la influencia de la religión...

Constituirá uno de nuestros principales empeños el desarrollo y fomento de las obras públicas, y prestaremos singular atención á cuanto interesse á las fuentes principales de la riqueza nacional: la agricultura, el comercio y la industria.

Lo que tenemos que hacer es secularizar todo el Estado, destruir todos los privilegios perturbadores de que aquí gozan las instituciones monacales...

irreductibles. No engañemos á la gente; nosotros no proclamamos la lucha de clases; nosotros no aspiramos, como gobierno, en aras de la igualdad económica, á socializar todos los elementos de producción...

Esto haremos, y entonces que la Iglesia ejerza, si puede, la hegemonía espiritual sobre las almas, pero que no se diga que la ejerce á costa del auxilio que le prestan los poderes públicos.

Simultáneamente con la independencia del poder civil, necesitamos afirmar la cultura, como base y principio fundamental de nuestra obra política. Este es el reduto firme que tiene que defender la República para mantener su prestigio...

Por eso debemos afirmar nosotros que el ministerio de Instrucción pública, órgano de la cultura, será en los Gobiernos republicanos el ministerio que encarne una verdadera «dictadura nacional»...

En otro tiempo se pudo formar la unidad nacional, la unidad de los pueblos, por la influencia de la religión, por la influencia de la fuerza, por la influencia prestigiosa de la monarquía.

Constituirá uno de nuestros principales empeños el desarrollo y fomento de las obras públicas, y prestaremos singular atención á cuanto interesse á las fuentes principales de la riqueza nacional: la agricultura, el comercio y la industria.

Con esta advertencia; que aun cuando muchos se extrañen de que estas palabras salgan de mis labios, yo siempre he sido socialista. Recuerdo que en una conferencia que di en Bilbao, combatiendo el marxismo...

Abismos insondables, rivalidades...

irreductibles. No engañemos á la gente; nosotros no proclamamos la lucha de clases; nosotros no aspiramos, como gobierno, en aras de la igualdad económica...

Simultáneamente con la independencia del poder civil, necesitamos afirmar la cultura, como base y principio fundamental de nuestra obra política.

Por eso debemos afirmar nosotros que el ministerio de Instrucción pública, órgano de la cultura, será en los Gobiernos republicanos el ministerio que encarne una verdadera «dictadura nacional»...

En otro tiempo se pudo formar la unidad nacional, la unidad de los pueblos, por la influencia de la religión, por la influencia de la fuerza, por la influencia prestigiosa de la monarquía.

Constituirá uno de nuestros principales empeños el desarrollo y fomento de las obras públicas, y prestaremos singular atención á cuanto interesse á las fuentes principales de la riqueza nacional: la agricultura, el comercio y la industria.

Abismos insondables, rivalidades...

irreductibles. No engañemos á la gente; nosotros no proclamamos la lucha de clases; nosotros no aspiramos, como gobierno, en aras de la igualdad económica...

Simultáneamente con la independencia del poder civil, necesitamos afirmar la cultura, como base y principio fundamental de nuestra obra política.

Por eso debemos afirmar nosotros que el ministerio de Instrucción pública, órgano de la cultura, será en los Gobiernos republicanos el ministerio que encarne una verdadera «dictadura nacional»...

En otro tiempo se pudo formar la unidad nacional, la unidad de los pueblos, por la influencia de la religión, por la influencia de la fuerza, por la influencia prestigiosa de la monarquía.

Constituirá uno de nuestros principales empeños el desarrollo y fomento de las obras públicas, y prestaremos singular atención á cuanto interesse á las fuentes principales de la riqueza nacional: la agricultura, el comercio y la industria.

Abismos insondables, rivalidades...

rito pretoriano. (Grandes y prolongados aplausos.)

El Ejército tiene su origen en el derecho; nada más que en el derecho; su ideal es el engrandecimiento del país, su interés el interés colectivo de la nación entera; su honor el honor de todos nosotros, que tiene su fórmula suprema en el honor inmaculado de la patria.

Y por no poder insistir en detalles de este programa, yo diré á los catalanes; no queremos que el Estado absorba, mediante un centralización despótica, la vida de los organismos locales; pero no nos contentamos con una descentralización; queremos que, tratándose de personalidades orgánicas é históricas, que viven por su propia sustantividad...

A eso vamos. Las revoluciones no se hacen con discursos, con palabras fuertes, con actitudes trágicas; las revoluciones se hacen con sacrificios y procediendo con un gran desinterés. (Muy bien) A prueba os quiero poner que yo no he de sacrificar relativas comodidades de un bienestar tranquilo para que no se sacrifique los demás.

Cognac "Faro" De la poderosa Sociedad Bodegas Bilbainas. Pedido en todas partes y os convencereis que es muy superior á todos.

Puntales para parrales. OROZCO y C.ª, S. en C. PRINCIPE, 34. AZUFRE SUBLIMADO

"LA CASCADA" Merendero situado en la calle de la Estación, frente al almacén de muebles del señor Martínez Herrera.